

Paragua y Caura:

Implicaciones veladas por el sensacionalismo

Luis E. Pérez*

Minero atropella a indígena, ejército atropella a minero, medios acusan a ejército, mineros se vengan, políticos pescan en río revuelto. Mientras los actores de la penumbra mueven sus hilos para que el negocio del oro no se detenga, los más débiles pueden ser los que lleven la peor parte. ¿Quiénes son los más débiles? Los indígenas que viven en armonía con las selvas que han habitado respetuosamente... El pueblo venezolano debería comprender ésto y decirle a los políticos y a los actores de la penumbra que quiere conservar el Caura para sus nietos, que los indígenas deben seguir en su hábitat sin ser molestados.



La atención de la ciudadanía ha sido plenamente captada por los dramáticos ingredientes de un caso que ha sido bautizado con el nombre de La Paragua, población epicentro de la minería local a orillas del río del mismo nombre, donde aparecieron algunos mineros muertos a manos del ejército. En realidad hay dos cuencas selváticas contiguas, la primera tiene tradición minera y la otra no. La segunda, la cuenca del Caura, es una joya ecológica sin carreteras, sin tendidos eléctricos, sin desarrollos industriales, sin explotaciones forestales ni de otro tipo, con raudales y saltos que impiden la navegación de embarcaciones de cierto calado hasta la zona alta, habitada únicamente por indí-

genas que la han conservado por siglos. Es nada menos que una de las últimas cuencas prístinas que le quedan al planeta, donde se cobija una espléndida biodiversidad que debe enorgullecernos.

En las mismas fechas un par de pelotones del ejército violó los derechos de grupos de mineros que incluían algunos indígenas que sacaban oro en dos sitios de ambas cuencas prohibidos por la legalidad vigente. El saldo de muertos y la aparente alevosía provocó el justo repudio de los venezolanos. Los medios de comunicación han suministrado abundante material sobre la faceta del problema que más toca la sensibilidad humana, los muertos y atropellados.



Pobladores locales sin experiencia en minería, junto a mineros venidos de otras áreas ya devastadas, comenzaron por irrespetar la prohibición de realizar extracción de minerales en esa Área Bajo Régimen de Protección Especial y por atropellar los derechos de numerosos indígenas Ye'kuana y Sanema que legítimamente se resistían a aceptar una invasión de sus territorios ancestrales.

Pero debajo de esta lectura superficial y sensacionalista, pueden quedar numerosos elementos en la penumbra informativa que deberán ser más tomados en cuenta cuando los espasmos iniciales vayan cediendo. El viernes 29 de septiembre la prensa local guayanesa se hizo eco de la declaración que hicimos un nutrido grupo de antropólogos, biólogos y profesionales diversos de varias universidades y organizaciones, llamando la atención sobre el grave riesgo en que están la biodiversidad y las culturas indígenas, en el caso de que no se ponderen adecuadamente todos los elementos en juego y se tomen decisiones contrarias a los intereses nacionales por ceder a presiones emocionales del momento.

Tengo noticias de que una persona trabajando un día con una simple batea en depósitos aluviales lograba unos treinta gramos de oro en La Pava, alto Caura. Esa información desató una escalada de pasiones en Maripa, cabeza de ese extenso municipio ubicada en el bajo Caura. Pobladores locales sin experiencia en minería, junto a mineros venidos de otras

áreas ya devastadas, comenzaron por irrespetar la prohibición de realizar extracción de minerales en esa Área Bajo Régimen de Protección Especial y por atropellar los derechos de numerosos indígenas Ye'kuana y Sanema que legítimamente se resistían a aceptar una invasión de sus territorios ancestrales. Los indígenas les pedían que no continuaran su expedición minera río arriba, temiendo que esta primera "bulla" masiva fuera el inicio de una etapa destructora de su cultura y de los recursos naturales. Después vino una inhumana y vejatoria operación militar que enardeció a los mineros, privados del oro recolectado y de los medios para retornar y los dejó abandonados a su suerte en medio de la selva. Aquí también hubo muertos, aunque bajo circunstancias diferentes al caso Paragua. A medida que iban logrando llegar a Maripa continuaban inflamándose las pasiones. Escuché que el alcalde habría dado mensajes confusos respecto a la legalidad de la explotación improvisada que se hizo y que no cumplió algunas promesas de apoyo para el retorno: eso le costó el incendio de su casa. La ley del Talión se asomó a las calles de Maripa donde se pudo escuchar: ¡Minero muerto, indio muerto! ¡Minero herido, casa indígena quemada! En efecto, hubo casas Ye'kuanas incendiadas o saqueadas que los medios de comunicación tataron en menor centimetrage que la del alcalde. Hubo pancartas con nombres de indígenas y de ecologistas amenazados y escuché distintos relatos de indígenas huyendo despavoridos, buscando protección en diversos lugares. Afortunadamente en Maripa no mataron a nadie, aunque si hubo indígenas agredidos físicamente.

Varios analistas han señalado que el verdadero protagonista de este conflicto no es el minero que escarba en medio de la selva. Hay que dirigir la mirada a quienes le empujan a la selva, a quienes están detrás de los sistemas de transporte terrestre y aéreo, del suministro de provisiones, de alcohol y de prostitución, a los dueños de las maquinarias y a quienes les brindan protección y, naturalmente, a los que compran y contrabandean el metal febril. ¿Forman estos hechos parte de una estrategia orientada a forzar la apertura de nuevas áreas de producción-devastación? ¿Hay implicaciones electorales y políticas? ¿Se quiere en-

redar la cosa especulando con yacimientos de uranio?.

Minero atropella a indígena, ejército atropella a minero, medios acusan a ejército, mineros se vengan, políticos pescan en río revuelto. Mientras los actores de la penumbra mueven sus hilos para que el negocio del oro no se detenga, los más débiles pueden ser los que lleven la peor parte. ¿Quiénes son los más débiles? Los indígenas que viven en armonía con las selvas que han habitado respetuosamente. Los venezolanos que no pueden alzar su voz porque todavía no han nacido, pero que tienen tantos derechos como los actuales. No me cabe la menor duda de que estos últimos agradecerían una herencia que incluya una prodigiosa selva repleta de biodiversidad, con todos los beneficios que los nuevos tiempos les traerán. Si fallamos maldecirán, tanto a sus abuelos egoístas, que saquearon el oro dejando residuos caricaturescos de bosque y ríos contaminados con mercurio, como a los abuelos que permanecemos callados ante la destrucción. El pueblo venezolano debería comprender ésto y decirle a los políticos y a los actores de la penumbra que quiere conservar el Caura para sus nietos, que los indígenas deben seguir en su hábitat sin ser molestados.

Hay que solidarizarse con el dolor de las familias de los mineros muertos y con el de los maltratados y tratar de compensarlo. Y hay que unir esfuerzos para lograr una reconversión viable de la fuerza laboral minera. Pero no es legítimo usar su victimización para permitir que se inicie el ecocidio del Caura y el exterminio de culturas como la Ye'kuana y la Sanema. Por encima de colores políticos y oportunismos, toda la sociedad debería apoyar al Estado para que defienda con procedimientos adecuados el futuro de los venezolanos.

* Biólogo. Presidente de Fundación Causa Amerindia Kiwxí